

Querido D.Manuel:

Ya sabe cuanto me gustaría satisfacer inmediatamente su interés por la literatura gallega. Un joven amigo mio que estuvo de paso por esa ciudad hubiese podido facilitarle amplia información sobre el momento cultural que atraviesa Galicia, pero según las noticias que tengo ya está de regreso. Esto dificulta algo el encargo, pero, naturalmente, se trata de una dificultad puramente cronológica. Los poemas de que me habla, aunque sé de su existencia yo todavía no los he visto.

Sí, D.Manuel, este verano volveré a los EE.UU. para dar un curso sobre su paisano Unamuno. Yo no lo encuentro divertido, como a Vd. le ocurre, pero reconozco que es una de las grandes figuras salidas de su pueblo. Aunque personalmente no me siento identificado con Unamuno, pienso explicar su pensamiento con absoluta lealtad. Lo mismo hice el año pasado con Ortega. Tuve ocasión de comprobar que son las dos figuras de la España contemporánea que más interesan por aquellas tierras. Tal vez sea lo justo desde su punto de vista.

Yo sé, como no, de esas dificultades externas del Poder y también de las complicaciones económicas que se van produciendo. Creo que sus apreciaciones sobre estos hechos son innegables. Tal vez discrepemos algo en su valoración, pues a mi me parece que no permiten ninguna óptica de alternativa y que más bien se insertan en un proceso que es constante pero también decreciente en sus efectos presionantes sobre el Poder. Yo soy optimista, pero para serlo siento la necesidad de pensar a plazo más bien largo. En una perspectiva distante creo que será inevitable el pleno triunfo de los ideales democráticos, precisamente porque son los únicos auténticamente dignificadores. No veo, en cambio, ninguna posibilidad inmediata. Creo, pues, que debemos de distinguir dos cosas: el triunfo de nuestros ideales y nuestro protagonismo "histórico" en relación con ellos. Si ese triunfo lo situamos en el futuro --como, en mi opinión,

es lo prudente--, nuestro protagonismo "histórico" no puede ser otro que el de ayudar a las nuevas generaciones que durante 30 años han ido renovando la faz humana peninsular para que se preparen a renovar también su faz política. Tanto mi generación como las anteriores cometerán un grave error si en lugar de colaborar honestamente con este futuro se obstinan en la defensa estéril de su pasado. La obstinación, cuando no coincide con la oportunidad histórica, deja de ser una virtud política.

Le digo todo esto para justificar mi punto de vista sobre las crisis a que hace referencia al hablar de los compatriotas de Margall. Yo las conozco y las conozco por dentro --es decir, directamente de todos los protagonistas-- y no me producen ese regusto a catástrofe que en su carta se trasluce. Crisis parecidas las hay en otras tierras, sin excluir Euzkadi o Galicia, y no les veo esa significación. Más bien al contrario. Creo que responden a esa profunda necesidad de renovación radical del pasado. Tanto en las tierras de Maragall como en las de Rosalía, en las de San Ignacio o en las de San Vicente Ferrer, empieza a brotar el futuro. Produce convulsiones, claro, y quiebras en las estructuras que representan el pasado. Pero eso es inevitable, es necesario y es.... esperanzador. No creo, o mucho me equivoco, que las crisis que se están produciendo en distintas latitudes de la Península --insisto en que no es un hecho privativo de Cataluña-- respondan a un impulso puramente negativo y desintegrador. Por el contrario, creo que se trata más bien de muy profundos impulsos vitales de renovación. No percibirlo a tiempo nos puede inducir a error. Y, sobre todo, puede contribuir a que el futuro --el futuro, es decir, la única posibilidad que tenemos-- se malogre.

Ya ve que le sigo hablando con la amistosa franqueza de siempre. Ni el tiempo ni la distancia lo impiden.

Reciba un abrazo muy fuerte de su buen amigo

Ramón Piñeiro